

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Numero suelto real y medio.

DIRECTORES

LITERARIO D. VALENTIN GOMEZ RELIGIOSO D. FRANCISCO CAMINERO
PROPIETARIO
JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »

En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.

ÉPOCA 2.^a—AÑO II.



BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

Madrid 28 de Julio de 1878

NÚMERO 4.^o

SUMARIO

TEXTO. Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por D. Valentin Gomez.—La edad de piedra, por D. Juan Catalina Garcia.—Una máxima excelente, por D. N. Conde.—La ninfa más graciosa, poesía, por D. M. Polo y Peyrolon.—El Castillo de terciopelo, novela de Paul Féval, traducida por doña Balbina Antúnez.—Conocimientos útiles.—Miscelánea.—Epigramas.—Charada.—Jeroglífico.—Anuncios.

GRABADOS: El Conde Andrassy.—La verbena del Cármen.—Funerales de la reina Mercedes.

NUESTROS GRABADOS

El Conde Andrassy.—El Conde Andrassy, primer plenipotenciario del Austria-Hungría en el Congreso de Berlin, nació en Hungría en 1823; la parte que tomó en la insurrección húngara en 1848-49, hizo que fuese condenado á muerte por contumaz. Una amnistía le devolvió á su país; pero fué para sostener allí contra el gobierno austriaco, en calidad de diputado, en la dieta, una lucha de siete años, que concluyó por el reconocimiento de la Hungría como reino autónomo.

El Conde Andrassy es hoy ministro de Negocios extranjeros (ministro de Estado) y de la Casa imperial.

Los tres personajes cuyos retratos hemos publicado en LA ILUSTRACION, son los que han tenido verdadera importancia en el Congreso de Berlin.

El de Bismark no lo damos por ser de sobra conocido, y los de los demás representantes tampoco, porque no han figurado en primera línea.

La verbena del Cármen.—En realidad, todas las verbenas que se celebran en Madrid tienen mucho parecido. Diferénciase el lugar en que se verifican, que aunque contribuye á dar más ó menos aspecto poético á la fiesta, en el fondo ni le quita ni le pone carácter.

Madrid Numerosos tiestos de albahaca, puestos de frutas, imágenes del santo ó de la virgen cuya advocacion se festeja, horchaterías ó tenduchos ambulantes de refresco, etc., etc., tal es lo que se vé en estas fiestas locales, cuyo colorido es siempre agradable para los que amamos las tradiciones populares.

dor correspondiente al egregio linaje de la difunta.

El átrio de la iglesia y frente de la Carrera de San Francisco, estaban protegidos de los rayos solares por un toldo sustentado en mástiles, rodeado de cintas con los colores nacionales. Todas las verjas de hierro, lo mismo las exteriores del átrio que las del peristilo y ventanas, desaparecían bajo magníficas colgaduras de terciopelo negro, galoneadas de oro.

A ambos lados de la puerta principal, dos gigantes cancheros, de gusto egipcio, sostenían dos pebeteros, cuya vacilante llama brillaba aún más tristemente bajo el resplandor de la luz del día. Guardias civiles de á caballo cuidaban en la Carrera de San Francisco de mantener el orden entre la multitud de carruajes que desde antes de las nueve acudían, y entre las innumerables personas que llenaban las avenidas del templo.

El aspecto que presentaba la nave principal del templo era magnífico.

Los muros del grandioso templo estaban entapizados con paños de terciopelo negro; el muro frontero al altar mayor se hallaba cubierto con cortinajes del mismo color, en que campeaba la cifra M, sobre la cual habia escudos de las armas de España bordados en seda, una corona real y flores de lis distribuidas de trecho en trecho.

En el fondo del altar mayor habia una gran cruz latina, negra, y en el centro del paño que pendía debajo, se destacaba una hermosa imagen escultural de la Virgen de las Mercedes, á cuyos piés se descubria un grupo de nubes, todo blanco, de escayola, imitando el mármol. Esta imagen ha sido expresamente

hecha para la solemnidad, por el arquitecto señor Cubas. Los huecos de las capillas y de las puertas se hallaban tapados por colgaduras de terciopelo, bordadas en oro delicada y riquísimamente. En cada una de las seis capillas principales y de las dos de la puerta del templo habian sido construi-

EL CONGRESO DE BERLIN



EL CONDE ANDRASSY

Nuestro grabado representa un trozo de la calle de Alcalá, donde se celebra la verbena del Cármen, con algunas escenas tomadas del natural.

Funerales de la reina Mercedes.—Los funerales que se celebraron en el templo de San Francisco el Grande, fueron suntuosos y con todo el esplendor

Ayuntamiento de Madrid

das tribunas para las señoras; su adorno consistía en guardamalletas negras galonadas de oro, con flecos y borlas del mismo metal; los antepechos, cubiertos de terciopelo negro festoneado de oro, ostentando grandes escudos de las casas de Borbón y Orleans, bordados de seda y oro, figurando en el centro otros escudos de flores naturales que encerraban las iniciales M. y O. entrelazadas, correspondientes al nombre de la augusta finada.

Los fondos de estos escudos estaban salpicados de botones de plata, y el conjunto estaba encerrado en dos orlas: una de perlas y musgo y la otra de rosas naturales. En el cuerpo superior de las tribunas había candelabros de bronce, de los que pendían guirnalda de flores naturales, arrancando del centro un brazo, también de bronce, en que se hallaban colocadas las magníficas coronas. Las once arañas de cristal que decoraban cada una de las tribunas estaban colocadas en forma de M.

Toda la cornisa del templo estaba iluminada por una fila de luces de cera, interrumpida cada tres varas por ánforas de bronce, en cuyas bocas lucían llamas de aceite aromático, y por los escudos de todas las provincias de España, ocupando el centro de la cornisa, sobre el altar mayor, el escudo de Madrid.

El coro, enlutado también, estaba dispuesto en forma de anfiteatro y rodeábale una fila de blandones, en semicírculo también.

Ocupaba el centro de la iglesia, debajo de la linterna, el túmulo. Esta soberbia y majestuosa obra de arte tenía el carácter artístico del siglo XVI. Sobre una base á que daban acceso cuatro gradas de cinco escalones alfombrados de negro y regados de flores y coronas de rosas naturales, de pequeños y sencillos ramos de violetas, de siemprevivas y musgo, se alzaba el primer plinto del catafalco, de dos cuerpos. De cada uno de los cuerpos arrancaban cuatro magníficos candelabros de bronce dorado y gusto griego, de á doce mecheros, cuyas luces guardan fanales de cristal diáfano.

En los cuatro ángulos del segundo plinto cuatro estatuas de tamaño natural representando los heraldos de la casa de Borbon, daban guardia al segundo cuerpo citado; seis flameros lucían allí, y en el último cuerpo estaba colocada la urna, cuya tela y adornos eran de color puro de rosa. La tapa de esta urna, entreabierta, dejaba escapar multitud de flores que caían por los cuerpos más bajos del túmulo. Todo el túmulo era blanco é imitaba ser de mármol de Carrara.

Poco más abajo de la urna estaban colocadas seis magníficas y grandes coronas de rosas blancas naturales, que regalaron Valencia, Jaén, Alicante, Madrid y el colegio del Escorial. Las cintas de estas coronas ostentaban los colores del escudo municipal de la ciudad que las mandaba y un crespon negro, anudado en grueso lazo, junto al de las cintas principales.

La urna estaba cubierta por un rico manto de terciopelo escarlata, con golpes de armiño; y sobre él estaba un cogen de tisú de oro, con grandes borlas del mismo metal, que sostenía la corona real.

El segundo cuerpo del túmulo donde se hallaba la urna, estaba sostenido por cuatro leones de piedra.

De la linterna pendía una corona real, de colosales proporciones, hábilmente suspendida de manera que parecía estar en el aire y cubría el túmulo, á manera de dosel; desde ella caían cuatro grandes bandas de terciopelo negro, flecos y bellotas de oro, cuyos extremos estaban sujetos en los cuatro ángulos de la espaciosa nave.

En todos los cuerpos, escalinatas y huecos del túmulo se hallaban colocados hasta 86 hacheros de plata, en que ardían velas de cera blanca, rodeadas de corbatas de gasa negra.

Rodeaban el túmulo la guardia de alabarderos, los monteros de Espinosa, los mayordomos y gentiles-hombres de la real casa, formando un círculo compacto. La nave del templo estaba dividida en pequeñas tribunas, y alfombrada de tapices negros. Bancos ó sillones de terciopelo negro, asimismo llenaban estas tribunas, cuyo número ascendía á 30.

En el altar mayor, al lado del Evangelio, había un dosel morado con galones de oro, y un sillón reclinatorio y almohadones de terciopelo negro.

Allí se encontraba el Arzobispo de Toledo, que

es el que ofició; cerca de él el Patriarca de las Indias, los presbíteros asistentes de Madrid, el clero parroquial y el Comisario de la Rota.

Detrás estaban los ministros de la corona, el señor duque Sexto, las mesas del Senado y del Congreso, numerosos diputados y senadores que se agregaron á la comisión del cuerpo diplomático extranjero y embajadores extraordinarios, corporaciones municipal y provincial, comisiones de todos los departamentos oficiales y muchos generales y grandes de España.

A las nueve en punto dió principio la ceremonia, entonándose el Salmo Invitatorio: Responsorio y Misa á cuatro, á canto figurado de los maestros españoles del siglo XVII. Victoria y fray Pedro de Tafalla. Dirigió las voces el maestro Barbieri.

Cantóse despues el *Dies Irae* de Eslava, el *Libera me Domine* de Barbieri, el *Requiescat* de fray Pedro de Tafalla y el *aria* de Stradella. Esta última pieza fué ejecutada magistralmente por el señor Tamberlick, con acento conmovedor y sentido. Los coros se componían de todo el de hombres del teatro Real, de 30 alumnos del Conservatorio, de bajos tenores y cantantes de la Real capilla, acompañados por tres fagots de la orquesta del Real, cornos y oboes.

El Obispo de Salamanca, señor M. Izquierdo, ocupó la cátedra sagrada para pronunciar la oración fúnebre, y terminada la misa se cantaron varios responsos por los Obispos de Cuenca, auxiliar de Madrid y Avila.

La ceremonia acabó á las doce y media.

A.

REVISTA DE LA SEMANA

No han dejado de suceder cosas notables desde que no hemos tenido el gusto, lectores estimables, en departir amistosamente en las columnas de LA ILUSTRACION.

En primer lugar, se han cerrado las Cortes.

En segundo lugar, se ha cogido en París á la famosa doña Baldomera, y dentro de pocos dias la tendremos en Madrid, teatro de sus financieras hazañas.

En tercer lugar, se ha dado una nueva y concienzuda silba al Sr. Arderius.

En cuarto lugar...

Pero no pongamos el índice antes de la obra, porque cuando se anuncia lo que se vá á decir, se quita el gusto de la sorpresa, que equivale por lo menos á la mitad del interés del asunto.

Cerráronse las Cortes, y tras de esta clausura, producida por el calor; esperamos que comenzará una enérgica campaña contra ese bicho nefando que se ha propuesto suprimir radicalmente el vicio de la borrachera.

Ahora que no habrá discursos capaces de distraer la atención del señor Ministro de Fomento, emprenderá seguramente un ataque formal y decidido contra la *filoxera*... y de paso procurará que se aclaren las aguas de Lozoya, porque tanto se prolonga la suciedad del depósito, que el vecindario de Madrid empieza á dudar de la certeza de las causas que, según la prensa, producen ese estado anormal del líquido elemento.

Parecen dos cuestiones que no tienen que ver una con otra, y sin embargo, se relacionan tan íntimamente como si ambos estuvieran bajo la suprema é inapelable judicatura de los taberneros.

Si la *filoxera* acaba con el vino y el barro acaba con el agua, ¿qué va á ser de nosotros los madrileños que no tenemos más recurso fluvial que el vergonzoso Manzanares?

Urge resolver una de estas dos cuestiones, si no es posible resolverlas ambas; porque ya que la comida cuesta un ojo de la cara, y alguna que otra indigestión, á lo menos que la bebida vuelva á ponerse al alcance de todas las fortunas y de todos los labios.

Se nos figura que nadie podrá tacharnos de exigentes. No pedimos que se rebajen las contribuciones, ni que se abran trabajos públicos en las provincias para dar de comer á tantos infelices como se mueren de hambre por esos pueblos de Dios, ni que venga un Sully que proporcione á cada español medios para comer gallina en el puchero; no pedi-

mos siquiera *pan y toros*, que esto fuera pedir golterías, con permiso de Jovellanos, sino pura y sencillamente agua clara, Lozoya puro, sin la *filoxera* del barro.

¿Cabe mayor modestia en nuestras peticiones? Pues verán ustedes como, así y todo, pasará el tiempo, y hasta los años mil no volverán las aguas como solían ir.

Nosotros los españoles tenemos que distinguirnos siempre de los demás europeos.

Ellos han encontrado la *filoxera* del vino; nosotros hemos encontrado la *filoxera* del vino y del agua.

Las viñas de Málaga y el Canal de Lozoya están en el mismo caso: ni aquellas dan vino, ni éste nos dá el agua potable.

¡Desdicha original! Creíamos que no había más allá que tener hambre, y hemos averiguado que puede haber un infortunio mayor: tener sed.

¡Celebérrima y nunca bien ponderada doña Baldomera! Génio malogrado que hubiera sido un Neker si no hubiera sido una... ¡Baldomera!

Al fin, no pudo gozar del fruto de sus hábiles estratagemas.

La otra vez quebró por medio de la fuga.

Esta vez ha quebrado en redondo por medio de un agente de policía.

Dícese que se la ha ocupado gran cantidad de dinero en metálico, alhajas y valores. Esto es algo más de lo que suele suceder en parecidos casos.

Por lo comun, los ladrones no son habidos; pero si son habidos, lo son en una espantosa soledad, esto es, sin la estimable compañía de los objetos robados.

Ahora han caído en la red la estafadora y lo estafado.

Felicitemos á la policía y deseámosla que continúe por ese camino completamente nuevo en España, á fin de que los criminales vayan perdiendo la proverbial tranquilidad de que gozan, y la recobremos los hombres de bien.

Tampoco es pedir ninguna cosa del otro jueves.

En resumidas cuentas, nuestras peticiones se reducen á esto:

Agua clara, y roncar á pierna suelta.

Tríbus hay en el centro del Africa que no carecen de ninguno de estos beneficios.

¿Recuerdan ustedes aquel no lejano tiempo en que todo el mundo tenía en los labios estas frases: Símbolo de la industria, doña Baldomera; símbolo de la ciencia, el doctor Garrido; símbolo del arte, Arderius?

Pues véase cómo la justicia llega para todos, tarde ó temprano; doña Baldomera está presa; al doctor Garrido ya nadie le saluda, y á Arderius le dan cada silba que canta el Credo.

A la de que dimos cuenta en uno de nuestros últimos números, hay que añadir la que ha recibido posteriormente un montruoso engendro intitulado *El terror de los mares*.

Son dos silbas de solemnidad que han empalmado. Aún los ecos de la Castellana repetían la que se llevó *El último paraguas*, cuando vinieron á confundirse con aquellos los de la silba del *Terror de los mares*.

Es una delicia ver al público por esa pendiente saludable. ¡Qué gloriosa revancha del sentido moral y del sentido artístico!

Son muchos los años de ignominia literaria que ha sufrido el público de Madrid, y necesita ahora recobrar en breve tiempo lo perdido.

Antaño llenaba treinta noches el teatro para aplaudir una obra extravagante.

Ogaño lo llena cuatro noches para silbar dos obras.

¡Justa venganza del arte escarnecido y de la moral ultrajada!

Y cuenta con que el empresario de las *suripantás* dé en perder lo mucho que ha ganado, porque cuesta abajo se corre más que cuesta arriba, y bien pudiera suceder que el opulento Arderius volviese á sus papeles de bajete característico con el modesto sueldo que á su categoría corresponde.

Como de estas cosas se ven á menudo, y cierto que no son las más injustas que se ofrecen á la consideración de los hombres pensadores.



La verdad es que ese desdichado género bufo lo debemos á Francia.

¿Pero qué culpa tiene Francia de que los españoles no sepamos imitar más que sus extravíos?

Allí hay bufos y *Mabille* y *Commune*... Es innegable. Pero hay también un abate Roussel que en las inmediaciones de París fundó hace pocos años un establecimiento para recojer, educar cristianamente y dar una profesion honrosa á esos niños perdidos en los callejones de la *Cité*, bajo los puentes del Sena y en las hediondas buardillas del barrio de San Antonio, que carecen de toda noción religiosa y moral, y son conocidos con el nombre de *gamins* (pilluelos).

Hay un abate Roussel que, nuevo Vicente de Paul, pierde toda su fortuna para montar el establecimiento, y se empeña en cuarenta mil duros por sostener á trescientos de esos pilletes convertidos ya en obreros cristianos, en miembros útiles de la sociedad y de la familia, que, entre otras cosas, publican una Revista ilustrada, *La France Illustrée*, único periódico en Europa de la misma índole que nuestra ILUSTRACION CATÓLICA.

Y hay un pueblo de París que cuando oye decir á un periodista del *Figaro* que el abate Roussel tiene que arrojar á la calle á cuarenta de esos niños que no puede mantener, y que es preciso dar los cuarenta mil duros que el abate Roussel debe, si su obra benéfica, generosa y santa no ha de venirse abajo como una casa sin cimiento, se apresura—ese pueblo de *bufos*, de *coctotes* y de *comunards*—se apresura á entregar en pocos dias, no cuarenta, sino sesenta mil duros, á aquel apostólico sacerdote.

¡Admirable sacerdote y pueblo admirable! ¿Por qué no imitamos nosotros estos magníficos ejemplos? ¿Por qué traemos los *bufos* y las mis Leonas de París, y no traemos estos arranques prodigiosos de caridad cristiana?

Aquí se ha intentado fundar una Universidad Católica, á imitación de las varias que hay en Francia establecidas por los fieles bajo la autoridad de los Obispos, y aquí, en la Católica España, en la generosa España, no se ha podido llevar á cabo ese pensamiento.

Quiérese levantar una iglesia en Madrid digna de la capital de la monarquía, y mientras Francia, desde París hasta la última aldea, presenta á los ojos del viajero una multitud de iglesias nuevas, construidas generalmente segun el estilo arqueológico cristiano, en Madrid no conseguimos siquiera lo necesario para reedificar la parroquia de Santa Cruz y de Santa María de la Almudena.

Nuestro patriotismo puede sentirse lastimado con esta comparación desventajosa para nosotros; pero diremos con un poeta:

Es una verdad amarga;
pero es una gran verdad.

VALENTIN GOMEZ.

LA EDAD DE PIEDRA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE CERRALBO

II

Mi querido amigo: Tiene contra sí la ciencia prehistórica, sobre todo en esta parte de que tratamos, diversos y tenaces enemigos. Sin contar con los estragos del tiempo y de los accidentes de toda clase que acaban con los pocos restos que ya podemos conocer, hay un vulgo ferocísimo para quien es ocasion de burla y de chacota inacabables todo hallazgo de cosas antiguas, cuyo valor científico ó artístico no comprende. Acostumbrado á ver las cosas á la luz del día, no gusta de andar por laberintos oscuros como estos en que el lector y yo nos encontramos, él por su paciencia y yo por mi atrevimiento.

Mas no es este el enemigo de quien más ha de temerse. Las exageraciones y delirios de muchos sabios, la vanidad de los afortunados descubridores de monumentos primitivos y las locuras en que la razon humana cae, cuando pretende volar más allá de sus naturales fronteras, dieron origen hace algun tiempo á una especie de reaccion contraria á estos estudios. Si es verdad que hombres eminentes han conseguido someter á la unidad de la ciencia

las investigaciones prehistóricas, otros pretenden amenguar su valor ó negarlo del todo. Los que ménos culpa tienen en esto son los pobres arqueólogos, porque al fin, con sér un tantico noveleros y poetas, no incurren en los grandes extravíos de paleontólogos, geólogos y demás cultivadores de las ciencias naturales. Adviértese, aún en los ménos cautos de aquellos, cierta sensatez en eso de trazar cifras; más, en cambio, no hay geólogo que no juegue con centenares de siglos como niño enredador con el ya maltrecho juguete. Resultan de esto dos consecuencias inmediatas, y del mismo modo lamentables: la primera, que tales exageraciones promueven la viva oposicion de los incrédulos; la segunda, que hacen incurrir en graves errores á los arqueólogos.

De aquella viva oposicion hay dolorosos testimonios. No pocos hombres eminentes, aún entre aquellos que no muestran despegó alguno á estas materias, se niegan en redondo á aceptar la antigüedad prehistórica. En el año pasado tradujo al francés el sábio sacerdote del Oratorio, M. Hamard, una curiosa obra inglesa (*Les monuments mégalithiques de tous pays, par J. Fergusson*), destinada á convencernos de que dichos monumentos datan por lo comun de los primeros siglos de la era cristiana, tesis valientemente sostenida también por dicho eclesiástico en su libro *Le Gisement préhistorique du mont Dol*, en el mismo año último impresa. Más lejos ha ido M. Chabas en su célebre libro, pues despues de consignar que los egipcios conocieron, como despues los árabes, persas, romanos, etc., las armas é instrumentos de piedra, y de decir que en Egipto, cuya civilizacion tanto conoce, y aún en otros pueblos, cuanto más pulimentada está la piedra mayor antigüedad demuestra (lo que se opone á la racional division de los períodos paleolítico y neolítico), asegura que la mayor parte de las supuestas armas son trozos de pederual, en cuya configuracion no ha intervenido la mano del hombre, sino una temperatura elevada, idea que también sostiene Lepsius, otro egiptólogo entusiasta, que, como todos sus colegas, tienen poca afición á la prehistoria europea.

Reprobado es que se fije la antigüedad del hombre de un modo aventurado que no alega otras pruebas que ingeniosas hipótesis y fantásticas teorías, sobre todo, si en este propósito entra principalmente, como sucede, el oculto ó manifestado deseo de combatir la narracion mosaica. Pero no hay fundamento alguno para asegurar que las toscas y verdaderamente primitivas construcciones, que se llaman célticas, drúidicas, etc., son el siglo V de nuestra era, ó á todo tirar de tiempo de César. El silencio de los escritores contemporáneos, sobre todo cuando se trata de Carnac, de quien sólo pudo decir algo César, no es demostracion tan evidente que destruya todo argumento en contrario. Y aún aceptando aquel silencio como razon clara y precisa, ¿cómo es que tantos testimonios históricos como quedan de los primeros siglos de la Iglesia sobre las Galias, nada dicen de la construccion de aquellos monumentos de que están sembradas, sobre todo en la antigua Armórica?

No crea usted, por mi fé se lo aseguro, que yo peco de crédulo en estos asuntos. Mis aficiones no acaban del todo con cierto espíritu crítico que en mí bulle sobre cuanto no toca á la fé religiosa. Quizá por esto, aún empenándome en ello, y en el caso de haber recibido las condiciones necesarias, no llegaria yo jamás á ser arqueólogo aprovechado; pero prefiero andarme con tiento en tales cosas y sujetar un poco la alocada imaginacion, á recojer cada dia chascos y desengaños. En esto nos parecemos usted y yo, para satisfaccion mía.

Mirándolo bien, no es de extrañar la especie de irritacion que en los espíritus juiciosos produce el afán de atribuir extraordinaria antigüedad al hombre y al mundo en que habita. Los geólogos y cronólogos han dicho muchas tonterías que no admiten disculpa, y sobre todo, se muestran tan poco acordes en escribir fechas, que nadie puede hoy juiciosamente inclinarse á ninguna de las opiniones principales expuestas con calor y hasta con sabiduría mantenidas. Oiga usted algunos datos que puede usted ver con mayor latitud expuestos en el aparato bibliográfico-científico escrito por el señor Huelin, con el título de *Cronicon científico-popular*. Bischof calcula la edad de la tierra en 2.000 millones de años, de los que 1.280 tardó en enfriar-

se la corteza terrestre. Phillips entiende que varias estratificaciones sólo pudieron formarse en un período de tiempo que no debió bajar de 960 millones de años. Dana, tratando de los terrenos silúricos, cree que tardaron para llegar á consolidarse 7.000 millones de años. En cambio multitud de escritores, cuyos nombres omito para hacer ménos penosa esta lectura, fijan en 10.000 años la edad de la tierra.

En cuanto á la del hombre, rabian igualmente de verse juntos los datos cronológicos de la ciencia moderna. Quién la atribuye 4.000 años; quién 57.000; Wallace la cree de 500.000; Morlot de 5 á 7.000. Dígame usted ahora si despues de leer estas cifras habrá paciencia que conlleve y ménos que acepte la infalibilidad de la geología, y si será extraño que á una se grite á los sabios darwinistas, principales causantes de esta anarquía aritmética, que atiendan un poco al buen sentido, y sobre todo que no hablen en nombre de una ciencia de cálculos seguros, evidentes, ciertos.

Resulta á la postre de todo esto que la arqueología prehistórica, colocada por su natural condicion más al alcance de las cuchufletas y burlas del comun de las gentes, suele, como se dice, pagar el pato, sin haberlo comido. Porque si bien á todos alcanza el deber de evitar los excesos, librenos Dios de ser ciegos y de caer en manos de un lazarillo torpe ó de entrañas atravesadas. Y bien sabe usted que ciega caminará la arqueología primitiva si no se deja guiar de las ciencias naturales. ¿Tiene usted presente aquella donosísima historia de la quijada rota, hallada en Moulin Quignon? Como de molde viene aquí su recuerdo, y no estará de mal contársela al lector, que por ella comprenderá la facilidad con que se tropieza en estos estudios aún por hombres peritísimos, y el escrúpulo, nimiedad y exactitud con que se procede en el extranjero cuando se trata de comprobar y conocer á fondo un hecho científico.

En 1863 se explotaba en Abbeville, departamento de la Somme (Francia), una eminencia de arena gruesa, sobre la que se halla el molino de viento de Moulin-Quignon, que tan alto renombre ha alcanzado desde aquel tiempo. Los obreros pretendian haber descubierto en aquel lugar restos de elefante y armas de piedra del tipo cuaternario, y como estaban muy advertidos por Boucher de Perthes, á quien se llama patriarca de la arqueología prehistórica, avisaron á éste que se descubria en la tierra un hueso raro. Acudió al punto el hombre ilustre, y por su propia mano, y en presencia de otra persona, sacó de la cantera una media quijada de hombre, y despues un hacha de piedra. (1) Gozóse el sabio con un hallazgo que comprobaba la existencia del hombre cuaternario; como es de suponer, dióle grande importancia, y llevó á comprobar el hecho sobre el terreno al célebre Quatrefages, quien sin tardanza, y con excesivo alborozo, dió cuenta de lo que pasaba á la Academia de Ciencias de París.

Pero antojósele al paleontólogo inglés Falconer publicar una carta en el *Times*, para decir que el incomparable hallazgo era producto de una mistificacion interesada ó de una burla de mal género; que un diente originario de la misma colina donde se halló la quijada era muy moderno, y por tanto, que lo mismo debía ocurrir con la media mandíbula hallada por M. Boucher de Perthes. Así, pues, añadía, no siendo auténtico el celebrado tesoro, no hay para qué alborotar con él á sabios y académicos. Promoviése tras de esto una verdadera algarabía. El mismo Falconer se presentó en París con una comision de notabilidades británicas, á la que se unió otra de eminencias francesas, y reunidas visitaron el terreno, estudiaron la mandíbula con todo detenimiento, y, como suele suceder, convinieron... en que no se entendian, y en seguir cada cual en sus trece. (2) De todos modos, hoy apenas se concede crédito alguno al hallazgo, y quizá esto ha contribuido á que ingleses, suecos y alemanes miren con cierta prevencion desdeñosa á Quatrefages y á los arqueólogos y paleontólogos

(1) El Sr. Vilanova ha reproducido el corte de la colina de Moulin-Quignon en su obra *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, conforme á los apuntes del mismo Boucher.

(2) *Dictionnaire archéologique de la Gaule, époque celtique*, tomo I. Nada digo del cráneo humano que se supuso descubierto en un terreno terciario de California y de otros hallazgos semejantes.

franceses. Pero hemos visto que el carácter francés, inimitable en la novela y en cuanto á forjar invenciones, hipótesis y sueños, arriesgado aún en circunstancias que á una reclaman serenidad y cautela, ni se corrige, ni se arrepiente (1).

En tesis general, y aún refiriéndonos á países de distintos climas, considero como indudable que

(1) El abate Bourgeois, no obstante sus largos estudios, su carácter sagrado y sus años, ha cometido la inconveniencia de decir lo siguiente en una de sus memorias, presentada en 1872 al congreso arqueológico de Francia: «Alguien podrá asombrarse también de ver que la creación del hombre parece haber precedido á la de ciertos animales. El Génesis, en efecto, nos representa al hombre como el coronamiento de la creación, pero no dice que el Poder Divino no produjo después otra cosa. ¿Quién podrá probar que estas palabras, *Dios descansó el séptimo día*, deben tomarse necesariamente en este sentido?» Sin embargo, este escritor se propone siempre poner de acuerdo la ciencia con la fé, pero por las palabras trascritas se persuadirá el curioso de que no camina siembre con la medida debida.

las primeras habitaciones de los hombres fueron las cavernas y oquedades de las rocas. Por eso entiendo que debe concederse gran interés á la exploración y conocimiento de aquellas en que el hombre pudo guarecerse contra la inclemencia de los elementos y el peligro de las fieras. De ellas son muy difíciles de explorar las que por causas naturales, ó por la industria humana, han perdido sus antiguas formas, ó en que la labor constante de las aguas, trabajando sobre la roca de naturaleza calcárea, ha cubierto su suelo de capas de estalagmitas de formidable dureza. Quien pretenda estudiar éstas ha de proveerse de paciencia y de buenos brazos auxiliares, que no ménos que esto suele exigir la corteza caliza que cubre el pavimento formado siglo tras siglo, y como quien dice gota á gota, merced á las filtraciones que tan maravillosos efectos suelen producir en grutas como las de Artá y

otros puntos, que tan conocidas y celebradas son de los curiosos.

Bajo ese pavimento estalagmático, ó entre las capas que le forman, se encuentran restos de diferentes animales, del oso llamado de las cavernas, del caballo, del perro, del reno, etc., y también palpables y claras obras de la mano del hombre, como son armas de piedra, hierro ó bronce, carbon, cenizas y restos de cerámica y de otros utensilios de edad extraordinaria. A veces también, lo mismo que en el interior de los dolmenes y túmulos de que hemos de tratar, se hallan objetos de hueso y cuerno labrados con más ó ménos intención artística; en la caverna de Alliat (Ariege, Francia) se han hallado unos con toscos dibujos, en que se han trazado rudas imágenes de animales ó extraños signos geroglíficos. Demuestra esto, pues, que el hombre vivió en las cavernas antes de arriesgar-

ACTUALIDADES



LA VERBENA DEL CAJEN

se á vivir en cabañas ó á construir habitaciones de piedra (1).

Algunas veces se encuentran en las cavernas diferentes yacimientos ó capas superpuestas, que bien escudriñados, ofrecen diversidad de vestigios de animales de diferentes épocas, porque sabido es que la fauna de un país no ha sido siempre la misma. Esto parece enseñar, sin género de duda, que

(1) En esto, como en lo demás, difieren los autores, y fuera pertinente y curioso, si no faltase el espacio, consignar aquí las principales opiniones sobre el origen de la arquitectura; pero pueden verse para ejemplo las historias de esta rama de las bellas artes, escritas por el francés D. Ramée y el inglés T. Hope. Así, mientras el primero de estos autores atribuye á la influencia de las ideas religiosas el origen y variación de las formas de la arquitectura, y advierte íntimas relaciones entre la supuesta disposición cabalística de éstas y los misterios religiosos, el inglés entiende que influyeron en las formas del arte las condiciones topográficas, climatológicas y naturales de cada gran región, según lo que, la pagoda china es una imitación artística del árbol que más abunda en el Celeste Imperio, las construcciones de Egipto y de la India corresponden á la naturaleza del suelo, y el orden dórico nació de los pies derechos plantados en la tierra para las primeras cabañas usadas en el dulce clima helénico.

una misma caverna ha sido refugio y habitación de muy diversas generaciones de hombres ó de animales.

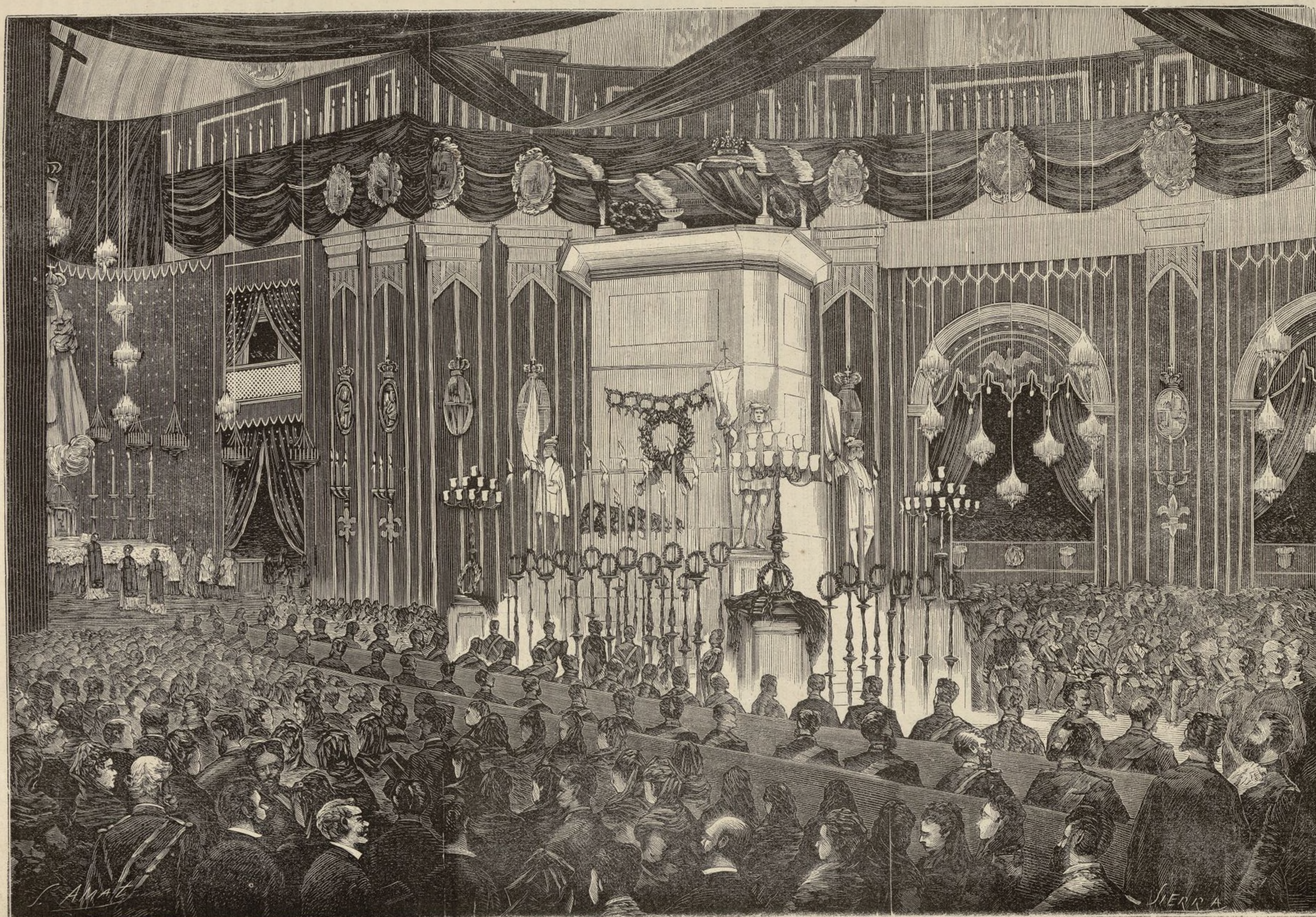
La abundancia de los huesos que se hallan fácilmente en las grutas, y que, nótese bien, lo mismo pueden ser vestigios de la voracidad del hombre que de las fieras alimañas, me obliga á decir algo sobre esta materia. Nadie desconoce que el hueso ofrece grandes ventajas sobre la piedra para muchos usos y necesidades humanas. Así como sirven la diorita, el sílex ó la cuarcita para herir fieramente al enemigo, hender las maderas, socavar las rocas, ahondar la tierra, machacar los granos, etc., vale el hueso de fractura fina y prolongada, de más agudos extremos, de menor peso y de fácil uso para toda labor esmerada. Por otra parte, en los primeros tiempos, la profesión activa de cazador que el hombre tuvo por principal, poníale en la mano, y como convidándole á su fácil aprovechamiento, toda clase de huesos. Fracturados estos y hendidos á lo largo, dábanle punzones y estiletes

con que clavar y agujerear las pieles, ó anzuelos singulares ó mortíferas puntas de sus flechas.

Las extremidades redondeadas de los huesos de los mamíferos gigantes le servirían como de martillos, maceradores, etc. Esos mismos huesos, libres de las codiciadas y sabrosas médulas (1), valían para conductos de agua, bocinas no siempre toscas sino ornadas con caprichosos trazados y labores, ó quizá para guardar aquellos utensilios y sustancias minerales ó vegetales de que por lo común se aprovechaban aquellas gentes.

De aquí la multitud de huesos labrados, ó que son sin duda vestigios del ordinario alimento de aquellos hombres que en las grutas arqueopaleontológicas se encuentran, no obstante la acción destructora de los siglos, que sin duda habrá acabado con el mayor número. Entienden algunos, como el

(1) De las pruebas fehacientes de la predilección que los hombres primitivos tuvieron al tuétano ó médula de los huesos, hace un buen resumen el señor Villamil y Castro en sus *Antigüedades prehistóricas y célticas de Galicia*.



FUNERALES DE LA REINA MERCEDES
Ayuntamiento de Madrid



doctor Vilanova, que los numerosos dientes de animales hallados en tales recónditos sitios pudieron servir de adornos de aquellas gentes, ó de una especie de moneda y medio de cambio, opinion, sobre todo, en lo que toca á este último extremo, que no creo aceptable. Mejor fuera quizá atribuir la existencia de tan gran número de dientes á los animales que el hombre y las fieras devoraban en su habitación.

Ya dije en el artículo precedente que los tratadistas relacionan las épocas prehistóricas con la existencia de ciertos mamíferos; de igual manera se pretende hallar relacion estrecha entre estas épocas y la flora de los países europeos. Por eso llaman algunos edad del pino á la de piedra, del roble á la del bronce y del haya á la del hierro. Considerando las cavernas como habitación de ciertas tribus (trogloditas), se ha pretendido, á mi modo de ver con poco fundamento, fijar cuatro períodos, tomando como tipos de cada uno de ellos cuatro grutas muy notables. Otros escritores dividen el período de las cavernas en dos épocas, una en que sirvieron de habitación al hombre y otra en que usó de ellas como de necrópolis eternas. Por último, divídense también en tres clases: cavernas de la época diluvial, de la edad del reno y de la edad de piedra reciente.

Pero las cuevas más notables son aquellas que por su condicion física y por otras causas han conservado casi íntegramente los restos que en ella dejó la antigüedad remotísima. En ellas se encuentran todavía cadáveres momificados, esqueletos completos, objetos de cerámica y esparto, hachas, cuchillos y flechas de sílex, todo en reposo secular, sin sufrir otras injurias que las que el tiempo da de sí. Unas y otras cavernas están casi por explorar en nuestra patria, con poco crédito de nuestra cultura y adelantamiento. Las que se conocen son, sin embargo, muy curiosas, como la *Afurada dos cas*, en Galicia, y la *Cueva de los Murciélagos*, allá en la Alpujarra, en uno de cuyos aposentos se encontraron, hace pocos años, tres esqueletos, uno de los cuales ceñía á su cabeza, á modo de diadema, una laminita de oro, y más adelante se descubrieron otros esqueletos colocados en círculo en derredor de uno de mujer, y ostentando restos de trajes de esparto trenzado, armas de piedra, cucharas de madera y trozos de vasijas (1).

Y basta por hoy, señor marqués. Proseguiremos otro día, ocupándonos en estos asuntos un poco áridos; pero de verdadero alcance é importancia.

En tanto, usted sabe que es su amigo de corazón

JUAN CATALINA GARCÍA.

UNA MÁXIMA EXCELENTE

El señor de Mendia era un antiguo juez de primera instancia, que al fin murió de magistrado en la audiencia de Valladolid. No llegó á presidente, pero todos los que le conocieron saben que era él el consultor general de sus compañeros, la lumbrera del tribunal, en una palabra.

Hay más: era el consultor de toda la ciudad, el juez de todas las cuestiones, y, cosa extraña, el consultor y el juez más amable y más indulgente que es posible imaginar.

Sin deseo de herir en una sola fibra la respetable susceptibilidad de los magistrados, me atrevo á decir que hay jueces antiguos que parecen haber contraído en los tribunales el hábito de juzgarlo todo, y de juzgarlo con severidad inflexible. Y la verdad es que esta judicatura constante llega á ser fastidiosísima para los que la sufren.

Nuestro amigo el señor de Mendia era precisa-

(1) De seguro que en Francia ó en cualquier otro país hubiera causado grande efecto el descubrimiento de estas singularísimas antigüedades. Por fortuna, no se ha hecho poco en España con la publicación del lujoso libro del señor Góngora (*Antigüedades prehistóricas de Andalucía*), en que se describen y representan por medio de bellos grabados los objetos descubiertos en la Cueva del Murciélagos. La lámina de oro encontrada hace pensar á dicho señor, no en el uso de los metales por aquellos, cuyos son los esqueletos, sino en el hallazgo de alguna gruesa pepita de oro puro, que atraería la sencilla curiosidad de aquellas gentes, y que, por su naturaleza dúctil y maleable, les facilitaría la elaboración de la hoja. Sobre las cuevas de Galicia dice bastante el libro del señor Villanovilla, que las ha explorado. En la obra del señor Vilanova pueden leerse útiles descripciones científicas de notables cavernas del extranjero.

mente lo contrario. No juzgaba nunca sino cuando, revestido de su negra toga, hallábase en el pleno y grave ejercicio de sus funciones.

Apénas colgaba del ropero la toga nuestro buen juez, dejaba de ser juez en absoluto... Parecía bajar de su sillón para convertirse en abogado oficial de todos los que caían bajo el hacha, es decir, bajo la lengua de los habitantes, y mejor aún, de las habitantes de Valladolid; y no hay para qué decir si esas lenguas eran ó no afiladas como navajas de afeitar... al prójimo.

El señor de Mendia era la dulzura y la benignidad personificadas; pero había una cosa que tenía el privilegio de sacarle de quicio: la maledicencia.

Los juéves por la noche en casa del gobernador, ó los sábados en la tertulia del general, el señor de Mendia, antes de comenzar su partida de ajedrez con el rector de la Universidad, daba una vuelta por los salones y hasta por los pasillos, y si casualmente no habían oído sus pisadas y él sorprendía á un corrillo de jóvenes ó de viejas desollando caritativamente á cualquier amigo: —Vamos, señoras,—exclamaba,—más vale que jueguen ustedes á las quincenas, ó que descifren charadas, que no clavar el aguijón en ese infeliz prójimo ausente... Yo preferiría hasta que hablasen ustedes de modas y aún de política, si me apuran...

Durante mi permanencia de algunos meses en aquella ciudad, gustaba yo de seguir al buen señor de Mendia en sus caritativos viajes por el interior de las tertulias que frecuentábamos, porque tenía la seguridad de oírle alguna cosa buena, y á veces, bien dicha, porque el señor de Mendia, aunque habituado á vivir siempre en provincias, tenía un exquisito gusto literario.

Esto me dió ocasion de sorprenderle una hermosa frase, que no olvidaría yo jamás aunque viviese cien años.

Un día, pues, que con su lenguaje entre grave y chancero, se esforzaba en traer á caritativo mandamiento á un grupo de jóvenes y bellas maldicientes, éstas se resistían á seguir los consejos del venerable magistrado y hasta enumeraban complacientemente los defectos de su pobre víctima.

—Qué quiere usted, señor de Mendia,—dijo una de ellas,—se ha echado usted un mal cliente, y yo me permito aconsejarle á usted que lo deje. Demasiado sabe usted que el Sr. Nuñez, el banquero, es un hombre imposible.

—Sí, sí,—repetían á coro aquellas alegres murmuradoras,—es un hombre imposible.

—Pero ustedes saben, señoritas,—replicó tranquilamente el señor de Mendia,—que la palabra imposible, aplicada de ese modo, no es castellana. ¿Quieren ustedes decir acaso que es un miserable?

—No, no; nosotras no hemos dicho eso... Sino que tiene unas maneras, unas manías, un carácter, unas pretensiones, que nosotras no podríamos tolerar. Por eso le declaramos, sin apelacion, imposible.

—¿Y su mujer? ¿Y sus hijos? ¿Y su yerno? ¿Y sus dependientes? ¿Y sus criados?

—Para esos cabalmente es más imposible que para nadie.

—No tienen, sin embargo, más remedio que vivir con él. ¿Qué han de hacer sino?

—Si el deber ó el interés les obligan á estar juntos á él... no sé, en verdad, lo que podrán hacer, sino dejarse morir de pena, de fastidio ó de rabia.

—Me parece esa solución demasiado desesperada.

—No hay otra.

—¡Vaya si la hay! Y voy á darles á ustedes la receta.

No hablemos de esos malvados que golpean ó envenenan á sus mujeres, ni de esas mujeres que burlan á sus maridos, ni de criados que roban á sus amos, ni de cajeros que huyen con los fondos de la caja; no hablemos, en una palabra, de aquellos que caen bajo la accion de los tribunales de justicia.

Y aún á estos, si fuésemos santos, quizá los podríamos convertir.

Hablemos del común de los mortales, de los que tienen defectos, aunque sean graves; de los egoístas, interesados, duros en el mando, rebeldes contra la autoridad paterna ó marital, celosos ó coquetas, y sobre todo, de un genio caprichoso.

Y no digo que hayamos de elegir á los que tienen todos estos defectos para esposos, para amigos,

para socios, ó simplemente para visitarnos con ellos á cada momento, no; pero sí digo que si no quisiéramos tratarnos mas que con las personas perfectas, podíamos condenarnos previamente á vivir en perpétua y absoluta soledad. Digo que la mayor parte de los hombres y de las mujeres, de aquellos con quien nuestra vida está ligada íntimamente de modo que no podemos impedir su trato constante, son, como nosotros, una mezcla de bien y de mal, de cualidades y de defectos.

Pues bien; si queremos que la vida no sea una cosa intolerable; si queremos que la paz sea en nuestros corazones; si nuestros días no han de pasar en una continua exasperacion y nuestras noches en sueños tenebrosos que acabarían por volvernos locos, no tenemos que hacer mas que una cosa.

El prójimo—sea el marido, la mujer, el hijo, el socio, el criado,—el prójimo tiene buenas cualidades. Empecemos por reconocerlas, y en caso de necesidad, seamos hasta ingeniosos para descubrirlas; apreciémoslas, aprovechémoslas, y gocemos de ellas. Bendigamos al cielo porque nos ha dado ese marido tan noble de corazón, esa mujer tan desinteresada, ese hijo tan laborioso, ese socio tan inteligente, ese criado que tanto mira por los intereses de la familia.

Este mismo prójimo tiene defectos. El es violento, ella caprichosa, el hijo terco, el socio presumido, la cocinera desigual; unas veces quema el asado y otras nos quema la sangre con sus réplicas.

Tales son los defectos de nuestro prójimo. ¿Y qué hemos de hacerle? Si tenemos el deber de corregirlos y alguna esperanza de conseguir la correccion, trabajemos en ellos con perseverancia. Pero, sobre todo, tengamos el valor y la paciencia de sufrirlos. ¿Por qué? Porque tal vez esas imperfecciones, que tanto nos molestan en los demás, molestan á los demás en nosotros mismos, si acaso no son las nuestras mucho más graves todavía.

Si no sufrimos y disimulamos, no nos sufrirán ni nos disimularán á nosotros.

Sin esta mútua benevolencia, la vida sería verdaderamente insoportable. Con ella no hay aspereza que deje de suavizarse.

Tomad al prójimo como es; aprovechad sus cualidades y tolerad sus defectos, que el tolerarlos es un cierto modo de aprovecharlos también.

No recuerdo lo que el grupo de jóvenes contestó al anciano magistrado. Lo que sé es que su máxima, expresada en sus últimas palabras, no la he olvidado, ni la olvidaré jamás.

N. CONDE.

LA NINFA MÁS GRACIOSA

So el techo melancólico
De un sauce viejo y verde,
Sobre mullida alfombra
De flores y de césped,
Busqué descanso un día
Á orillas de una fuente.
El agua murmuraba;
La brisa suave y leve
Jugaba con las hojas
Del sauce, y dulcemente
Besaba mis cabellos,
Caricias mil haciéndome;
Los pájaros cantaban,
Y cien sonos campestres
Servíanme de arrullo,
Venían á mecarme.
En brazos de Morfeo,
Al fin doblé la frente:
Mi almohada era de flores,
Mi lecho era de césped.
La ninfa más graciosa
Soñó despues mi mente;
Yo ví cuál se acercaba
De gasas y de nieve
Vestida, y más hermosa
Que Vénus de Citeres.
No sé de dó venía,
Mas sí que, tierna, al verme
Soñando desvaríos,
De mí se compadece;
Me mira, y pudorosa

De amor, suspira y treme;
Acércase muy quedo,
Se aparta, luego vuelve,
Y al fin pone sus labios
Sobre mi sien, y... fuese
Ligera, más que el ave
Que escapa de las redes.
Seguir quise tras ella.
Mas no pude moverme;
La llamo y no responde,
Espero y nunca vuelve;
Por fin, grité entre sueños:
—Al menos dí quién eres.
—Virtud me llamo, dijo;
Yo vivo en las celestes
Mansiones de la gloria;
Mis besos ennoblecen,
Mi amor da vida eterna.
Si ser feliz quisieres,
Abrazate conmigo
Y nunca jamás sueños
En ninfas seductoras
Ni en mágicos placeres.

Calló, yo abrí los ojos,
Y á orillas de la fuente
Me ví solo y tendido...
La ninfa no parece.

M. POLO Y PEYROLON.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

Lacuzan le aflojó. Cogió al enfermo por la cabeza, y Malbrouk, bien á pesar suyo, le cogió por los pies.

Llegados al umbral de la primera casucha que encontraron á orilla del camino, Lacuzan arrojó á Malbrouk dos monedas de oro, y le dijo:

—Véte.

Habían pasado ya unas cuantas semanas.

Pero todo el mundo sabía perfectamente que aquella terrible enfermedad, *el mal de infierno*, podía estar en incubación en la masa de la sangre meses enteros, como el fuego mal apagado de los incendios debajo de la ceniza, y estallar despues de improviso, fulminante y mortal.

Malbrouk tenía miedo, á pesar del tiempo transcurrido.

El pensamiento del *mal de infierno* le abrumaba instantáneamente.

Por eso aborrecía á Lacuzan.

Había en la vida de Lacuzan algo de misterioso.

La vizcondesa de Le-Brec-del-Lartz-de-Cramayeul-en-Gévezon-las-Fossées-sobre-Papayous, la vizcondesa de Galironet y las demás vizcondesas no le acusaban de ser brujo: eran damas á la moda, y la moda era entonces no creer en brujas, ni más ni menos que en Dios. La gente de buen tono no creía más que en Voltaire.

Pero las vizcondesas habían puesto á Lacuzan el apodo de Barba-azul.

Más tarde pudo verse en esto una coincidencia, casi una profecía.

Las vizcondesas le habían apodado Barba-azul, porque era cosa del dominio público que el conde Enrique de Lacuzan había sido novio por tres veces de tres señoritas nobles, ricas y bellas, y que sus tres novias habían todas ellas muerto unos días antes del señalado para la boda.

El verdadero Barba-azul esperaba á que se celebrase el matrimonio. Mas cuando se trata de lanzar una flecha envenenada, la malignidad no repara en pequeñeces. El hecho de habersele muerto las tres novias, era cierto, y ya no hacía falta más.

Si hubiera habido para Enrique de Lacuzan una partecica siquiera de la más vulgar benevolencia, tal vez se hubiera atribuido á esta triple desgracia el tinte de tristeza que sombreaba de ordinario su semblante tan noble y tan hermoso.

Tal vez se hubieran hecho entroncar con aquel

triple dolor las bruscas variaciones de su temperamento inexplicable.

Porque en aquella sociedad que se ocupaba de él, á pesar suyo, Lacuzan estaba unas veces expansivo y brillante como su edad; otras, melancólico, taciturno y desconfiado.

Más de una vez, el chiste comenzado se helaba en sus labios, y con frecuencia, en medio de las risas que él mismo había excitado, se le había visto inclinar de pronto la cabeza, como si la punzada de un sufrimiento repentino le hubiera atravesado el corazón.

Había cedido como tantos otros al encanto que en torno de sí esparcía aquella maravillosa beldad, llamada María de Noyal, y todo el mundo se acordaba de haberle visto en las fiestas de la reunión y clausura de las Cortes de Bretaña, seguir á la encantadora jóven con una mirada esclava. Pero todo el mundo se acordaba también haberle visto romper su fascinación con violencia, apartar de ella los ojos y huir.

¿Era un recuerdo doloroso?

¿Era un remordimiento?

La caridad es una planta delicada que no crece al aire libre. Los indiferentes no decían nada. Los malévolos, decían:

—Lleva sobre su conciencia el peso de un remordimiento.

En cambio de tantos enemigos como tenía, es á saber: Malbrouk, Vivé, las cinco hijas de Trecoché, Badabreux, Guillermina Barbedor, Saturnino Mormichel, todos los ricachos y todas las vizcondesas, Enrique de Lacuzan no tenía más que una amiga: la niña Blanca de Noyal, hermana de María.

Aún no había mucho que Lacuzan la hacía el *arre caballito*, sentándola sobre sus rodillas; pero desde hacía un año Blanca se sentaba ya á su lado como una señorita.

Todavía se tuteaban; y como puede tutearse á una niña hasta los catorce años, ni más ni menos, les quedaba todavía para seguir tuteándose un plazo de dos años.

Lacuzan y Blanca hablaban juntos muy á menudo.

Tan á menudo, que las vizcondesas aguardaban impacientes los quince años de Blanca para escandalizarse por unanimidad.

La vizcondesa de Le-Brec-del-Lartz-de-Cramayeul-en-Gevezon-las-Fossées-sobre-Papayoux, aún era de opinión de que no se necesitaba esperar tanto tiempo.

Ahora, si no temiera yo haceros tomar aversión á esta pobre criatura, á la preciosa Blanquita, os diría un importante secreto. El asunto es escabroso; lo confieso con sinceridad: una jóven artista, una especie de hijo pródigo...

—¿Y qué? Blanca, la preciosa loquilla del Palacio de Noyal, ¿era un hijo pródigo? ¿Era una jóven artista?

Moderad vuestro asombro. Hubiera yo debido callaros esta circunstancia; mas una vez que he soltado la primera palabra, es preciso ya decirlo todo.

Expliquémonos con franqueza. Sí; Blanca era toda una artista, desde el alma hasta los dedos. Sí; Blanca tenía todo lo que constituye al artista; tenía el fuego, la impresión repentina, los ojos fáciles al llanto, el corazón sensible y un no sé qué de divino: la fantasía...

¿Qué es la fantasía?

Mi palabra de honor, que no lo sé.

Pero la siento. Es todo un horizonte de hermosura que se extiende más allá del horizonte visible, y que solamente distinguen ciertos ojos y ciertas almas. Es lo que os encanta sin advertirlo, lo que amaís á pesar vuestro, lo que os arrastra, os conmueve y os maravilla: es el rayo de sol que se desliza por entre los árboles, la lágrima del rocío que abrillanta la yerba, la nota que vibra en el silencio, la inflexión de voz que hace latir el corazón... Y alguna vez he pensado, pero nunca me he atrevido á decirlo, que la fantasía era un nombre empujado y demasiado familiar de Dios...

En fin, yo no sé lo que es.

Blanca, si hubiera querido, hubiera sido un gran pintor.

Pero, tranquilizaos, repito. Blanca no quería. Pintaba como cantaba, como reía, como ocultaba la limosna que daba por las mañanas: pintaba con su corazón y con el capricho de su cabeza revoltosa.

¡Un hijo pródigo, sí!

Ella se creía de buena fé la peor de las discípulas de Dionisio Antonio Amadeo Poquet, su maestro de dibujo, que era un incorregible fabricante de mamarrachos. Y Dionisio Antonio Amadeo Poquet lo creía todavía más firmemente que ella, y ambos á dos tenían razón.

En resumen, y para decirlo todo en pocas palabras, Blanca no pintó en su vida más que un retrato. Es verdad que éste era una obra maestra; pero no la guardéis por ello demasiado rencor, porque no lo había hecho de expreso.

Este retrato era el del conde de Lacuzan. Blanca le dijo una noche jugando en el jardín:

—Estoy dibujando un griego, porque no he podido concluir mi romano. Tú harías una hermosa cabeza, Lacuzan, con tus bigotes puntiagudos y tus cabellos sin empolverar. ¿Quieres que te haga en lugar de mi romano?

—Yo no acertaría á pedir cosa mejor,—replicó Lacuzan.

—¿De veras?—exclamó Blanca entusiasmada.—¡Qué lástima que sea de noche ya! Es preciso aguardar á mañana. ¿Vendrás mañana muy temprano?

—Cuando tú quieras, señorita.

—Desde por la mañana... y á escondidas. No pienso enseñarle el trabajo al Sr. Poquet. ¡Oh, cómo nos vamos á divertir!

Aquella noche no pegó los ojos.

A la mañana, en cuanto apuntó el alba, eligió una hoja grande de cartón para pinturas al pastel, y la acomodó sobre su caballete. Le dió un hisopazo en la cara al pobre griego, y esperó á Lacuzan.

Lacuzan vino en traje de caza, con el cuchillo de monte á la cintura y la escopeta al hombro. Al pasar había enviado un corzo á la repostería del palacio.

—¡Eso es, eso es!—exclamó Blanca:—el cuello arrugado, la chaqueta cerrada hasta arriba; vas á ver cómo te voy á sacar precioso... Atiende, mira mi romano.

Un verdadero romano, con el casco en forma de cántaro, el pelo ensortijado, las cejas fruncidas, la sobre-toga sujeta al cuello con una placa de bronce y todo el talante de un autor trágico.

Lacuzan dijo por cumplimiento:

—¿Sabes que has hecho progresos, Blanquita?

Blanca se le rió en sus barbas despiadadamente.

—En castigo,—le dijo,—de esa falta de franqueza, te le regalo. Vas á llevarle, vas á ponerle en un cuadro, y le vas á colocar en tu salón con mi firma: Blanca de Noyal, discípula de don Dionisio Poquet.

—Bien,—dijo Lacuzan,—y extendió la mano para cojer el boceto.

Pero el boceto volaba por la ventana en cuatro pedazos.

—¡Pobre señor Poquet,—dijo Blanca:—eso le hubiera dejado sin discípulos!

Comenzó la sesión. Lacuzan quedó con toda solemnidad colocado á la luz convenientemente. Blanca cortó sus lápices y lanzó sobre el cartón esos trazos indecisos que buscan el verdadero contorno, y envuelven el semblante que va á aparecer como la borra envuelve el capullo del gusano de seda.

La niña trabajaba como á destajo.

Lacuzan volvió al siguiente día y todos los días.

A Blanca le parecía que él demostraba en este asunto una paciencia extraordinaria.

(Continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

EL MAIZ

Las plantas de maíz, con su grueso y elevado tallo, con sus anchas y airosas hojas, y sus elegantes penachos blancos, presentan un aspecto sumamente agradable.

El maíz, lo mismo que el trigo, la cebada y el centeno, pertenece á la familia de las gramineas; pero así como éstos cereales son oriundos del Asia, aquél es originario de América, en cuyas montañas crece hasta una altura de 2.000 metros sobre el nivel del mar.

La planta de maíz ofrece una particularidad digna de notarse; los airoso penachos terminales de esta planta están compuestos de flores machos; las flores hembras son las espigas á lo largo del tallo, y esos elegantes paquetes de numerosas y blancas hembras que se escapan del envoltorio verde de la espiga, son sus estilos, que salen de otros tantos ovarios dispuestos en pequeñas cavidades muy apretadas unas á otras á lo largo de un receptáculo común muy grueso.

¿Quién de nosotros no conoce la dorada mazorca del maíz?

Todo es utilizable en esa hermosa planta; y como todas las tierras son buenas para su cultivo, es un verdadero tesoro para el hombre.

Su grano sirve para alimento de no pocos animales y hasta de algunos hombres: hay indios que lo comen verde, á la manera de guisantes; en algunos puntos de Andalucía tuestan el grano seco en la sarten, donde se abre en cruz, formando lo que los andaluces llaman *bonetillos*, y lo comen rebozado con miel.

Con su harina se hace una especie de tortas que se ponen á calentar á la orilla de la lumbre y sirven de alimento á los habitantes de muchos pueblos del Norte de España; con ella se hacen tambien puches, muy agradables al paladar y bastante nutritivas. Sola no sirve para hacer pan, pero mezclada con igual cantidad de harina de trigo, ó con una mitad de esta harina y otra mitad de harina de patata, se puede hacer un pan bastante agradable.

Sus tallos y sus hojas verdes sirven de alimento al ganado; la paja de las mazorcas se emplea en la confeccion de jergones, siendo en algunos puntos, en Cataluña, por ejemplo, preferida á la de trigo; y el tallo, las hojas y esta misma paja se utiliza para la fabricación de papel de embalaje.

¿Creeis que ya nada más se puede sacar del maíz?

Pues aún puede dar azúcar y alcohol.

En efecto, resulta de varias experiencias hechas con esta planta, que sus tallos, despojados de sus hojas y raíces, contienen un dos por ciento de su peso de azúcar cristalizable, tan bueno como el mejor azúcar de caña, y un cuatro por ciento de melote muy rico y de muy buen sabor. Este melote puede convertirse, por medio de la fermentación, en un alcohol que, según aseguran, tiene un sabor tan agradable que puede compararse, sin inconveniente, al del ron de Jamaica.

La *chicha* y el *masato*, esas dos bebidas alcohólicas de que tanto uso se hace en algunos puntos del Continente americano, no son otra cosa que un extracto de grano de maíz, fermentado de distintos modos.

Y pensar que en España la mayor parte de los tallos del maíz se pudren en el campo ó sirven para encender la lumbre!... Es verdad, que nosotros somos en general tan rumbosos, que tiramos no pocas de las riquezas con que la pródiga mano de la naturaleza nos favorece. ¡Ya se vé! ¡Se nos figura que tenemos aún el bolsillo repleto de aquel excelente oro de Indias, que nuestros buenos padres creían que nunca se nos habia de acabar!

MISCELANEA

Ha fallecido en esta corte, á una edad muy avanzada, el insigne compositor español y virtuoso sacerdote D. Hilarion Eslava, que gozaba de una reputación europea, y es una gloria de la música española.

R. I. P.

En la excelente *Revista popular* de Barcelona, que dirige el distinguido escritor y virtuoso sacerdote Sr. Sardá y Salvany, leemos este elogio, que agradecemos con todo nuestro corazón:

«Ha salido el primer número de LA ILUSTRACION CATÓLICA, correspondiente al presente semestre, con las mejoras anunciadas, que no dudamos agradecerán al público español. Los grabados son varios y de primer orden, y el texto contiene interesantes artículos de distinguidos escritores. Merece toda la protección de los buenos este periódico, á quien deseamos la mayor prosperidad en su nobilísima empresa.»

EPÍGRAMAS

¿A qué amontona el avaro
Si no goza? El obra mal:
Yo á la abeja le comparo,
Que hace para otro el panal.

R. J. DE CRESPO.

Con formas muy estudiadas,
Con voz dulce, viva ó grave,
El orador Juan Muntadas
Dice muy bien lo que sabe.

Pero aunque al pueblo electrice
Con su pindárico ardor,
Muntadas el orador
Nunca sabe lo que dice.

CHARADA ⁽¹⁾

¡Prima, colaboradores
de aquesta publicacion!
Y una tres les dareis buenos
á publicistas de pró,
que buena *tercia* les cuesta
si no han de escribir mejor.

Mi segunda repetida
al público divirtió,
y aunque fué capricho tonto
no lo fué para su autor. (2)
Amigos, estad, os ruego,
mi *todo* á LA ILUSTRACION.

La solución en el número próximo.

SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Al árbol se le conoce por sus frutos
y al hombre por sus hechos.

JEROGLÍFICO



La solución en el número próximo.

- (1) Remitida por un estimable suscriptor.
(2) Le valió muchos miles de reales.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, Villa, 4.

SECCION DE ANUNCIOS

ECONOMÍA POLÍTICA CRISTIANA

investigaciones sobre la naturaleza y las causas del Pauperismo en Francia y Europa, y sobre los medios de socorrerlo y de prevenirlo,
POR EL VIZCONDE

ALBAN DE VILLENEUVE BARCEMONT,

TRADUCIDAS Y ANOTADAS POR
DON JOSÉ DE SOTO Y BARONA.

Consta de 5 tomos en 4.º, de más de 400 páginas cada uno, al precio de 50 rs. en rústica.

A los suscritores de *La Ilustración Católica* se le dará por 25 rs. en Madrid y 30 en provincias, franco de porte.

Dirigir los pedidos á D. Joaquin Gonzalez, Pontejos, 8, entresuelo.

CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administración al precio de 6 reales ejemplar.

LA DAMA DEL REY

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO
POR D. VALENTIN GOMEZ

Se vende á 8 rs. ejemplar en esta Administración, y en la Lírico-dramática de D. Eduardo Hidalgo, calle de Sevilla, 4, pral.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante *Revista*, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fè* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel Reñé, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

LOS LIBERALES SIN MÁSCARA,

POR,

D. VALENTIN GOMEZ

Esta obra se vende á 4 rs. ejemplar en la Administración de este periódico, y en las principales librerías.

A los señores libreros y corresponsales que pidan de doce ejemplares en adelante se les hará una rebaja del 25 por 100.

DE LA VIDA Y DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

CONSIDERADAS EN EL ESTADO RELIGIOSO

obra escrita en francés por M. C. GAY,

Obispo de Autheon, Auxiliar del de Poitiers

traducida de la 7.ª edición

POR GABINO TEJADO

Tres tomos, 8.º mayor, á 12 reales cada uno para los que se suscriban desde luego, abonando al recibir el primero y segundo tomos, ya publicados, el importe total de la obra.

Está ya en prensa el tercer tomo, y en breve se publicará, siendo entonces 48 rs. el precio de la obra.

Se suscribe en la librería de Tejado, calle del Arenal, 20, Madrid, y en las demás librerías católicas, como tambien en las Administraciones de los diarios *El Siglo Futuro* y de *La Fè*, y de las Revistas católicas.